

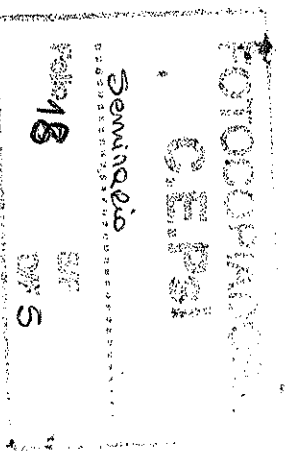
Adriana M. Rubistein

El acting es, desde esta perspectiva, eminentemente transferencial y llama al analista, convocándolo a su lugar. Transformarlo en una cuestión a trabajar, utilizarlo para tomar la verdad que allí se da a leer, es entonces el desafío que implica para el analista. La transferencia es el instrumento, y es necesario soportarla y permitir su despliegue.

El acto analítico implica siempre el riesgo de producir actings y pasajes al acto. Por eso requiere precaución y prudencia. El analista es responsable, al ofrecerse a la transferencia, de estirar la mano, para "no dejar caer".

Bibliografía:

- ¹ Greenacre, P. *Problemas generales del acting out* en *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. XIX Nro 4, octubre de 1950.
- ² Fenichel, O. *Neurotic acting out* en *Psychanalytical review*, Vol. 32, 1945.
- ³ Lacan, J. Seminario de *La angustia*, clase del 23/16/63 - Inédito.
- ⁴ Freud, S. *Recuerdo, repetición y elaboración*, en *Obras Completas* (Ed. Amorrortu, Bs. As.) *Análisis fragmentario de una historia* en *Obras Completas* (Ed. Amorrortu, Bs. As.)
- ⁵ Indart, J. Clases sobre el seminario de *La angustia* - Inéditas.
- ⁶ Lóbov, J. *El acting out en el proceso analítico*, en *Temas de la clínica freudiana*. Ed. Temas, 1990, Argentina.
- ⁷ Soler, C. *El acting out en la cura*, en *Finales de Análisis* (Ed. Manantial, Bs. As. 1988).



JACQUES LACAN: OBSERVACIONES SOBRE SU CONCEPTO DE PASAJE AL ACTO

Jacques-Alain Miller

Estoy contento de estar en Bonneval, que sigue habitada por la sombra de Henri Ey, y que posiblemente resuena todavía con los ecos del prolongado debate con Lacan. * ¡Es posible además que ellos continúen debatiendo así en la eternidad! Es una idea que Sócrates tenía del modo en el cual él podría emplear sus ratos libres después de la muerte. Sócrates creía en la vida eterna del alma y se prometía pasar todo ese tiempo conversando con los grandes espíritus. No estoy seguro que esa fuera la idea que podría tener el Dr. Lacan de sus ratos libres. Tampoco lo sé para Henry Ey.

Pero efectivamente, para Sócrates, su goce era el de un hombre por completo ocupado en la dialéctica, su goce era en suma... ¡el del bla, bla, bla! Es, por otra parte, lo que plantea la pregunta de saber si en definitiva Sócrates no se suicidó... ¡para hacerle un chiste a sus jueces!

Jacques-Alain Miller

No es una mala introducción al concepto de acto, tal como lo hemos visto durante los relatos precedentes. Voy a tratar brevemente de presentar algunas reflexiones acerca de lo que Lacan ha aportado precisamente sobre el concepto de acto. Ese concepto es un tema constante, recurrente en su reflexión y en su enseñanza; quizá algunos de ustedes no ignoren que él ha consagrado el seminario de un año universitario al acto analítico, en tanto que el acto analítico ilumina según él el concepto de acto como tal.

Pero en realidad, este concepto se lo debe al concepto tradicional de pasaje al acto, del cual hemos escuchado aquí una reseña histórica, y otra de su problemática contemporánea. Y después de todo, no olvidemos que Lacan, que solía citar a Sócrates, era un verdadero psiquiatra de formación.

Al precio, ciertamente, de despsiquiatrizar ese pasaje al acto, o quizá, simplemente, de generalizarlo y de considerar que el pasaje al acto devela la estructura fundamental del acto.

La experiencia analítica -es lo que él pensaba- enseña que el pensamiento lleva a un impasse fundamental, que es lo que quiere decir la represión, y que el acto siempre tiene que encontrar un *passé* para realizarse. De tal modo que la mutación subjetiva, destacada por el clínico a propósito del pasaje al acto -hemos visto acerca de esto algunas citas convincentes en el trabajo de Sauvagnat-, esta mutación subjetiva propia del pasaje al acto es en cierto modo ejemplar.

Jacques Lacan: *observaciones sobre su concepto de pasaje al acto*

Esto exige evidentemente que se suspenda el primer impulso que se podría tener, si puedo decirlo así, de impedir el pasaje al acto, impedirlo -analizarlo también...-

La preocupación por el acto en Lacan está además en el centro de un seminario de actual edición -*La ética del psicoanálisis*- en la medida en que la ética no concierne en principio a los pensamientos. Concierne a los actos, es decir, lo que hacemos en tanto que es susceptible de un juicio. Sobre ese asunto, la clínica tiene algo para decir, ya que sabemos bien bajo qué forma neurótica la cuestión ética puede aparecer en el pensamiento. De suerte tal que este sujeto se demuestra ocupado en, o suspendido de, una incesante evaluación de lo bien fundado de sus actos, del acto a hacer o a no hacer, hasta la obsesión.

A eso le sigue un estilo de inhibición, de postergación, de reacción que es susceptible, lo sabemos, de surgir bruscamente bajo el modo de la prisa, en una precipitación por actuar. Conocemos clínicamente esta basculación de la inhibición, de la procrastinación en la prisa y en la urgencia, de lo cual nos da testimonio la clínica de la neurosis obsesiva.

Y bien, quizá esta alusión es suficiente para mostrarnos que, contrariamente a lo que una filosofía que ustedes conocen tal vez nos indicaría, hay una antinomia entre el pensamiento y la acción.

Es precisamente esta antinomia la que da su pregnancia actual al ideal de la conducta racional, que está especialmente resaltada en una elaboración siempre más perfeccionada de la estrategia matemática, diversamente derivada de la teoría de los juegos.

¿Qué hay para decir del acto precisamente?

Actualmente hemos formado el ideal de cierto tipo de actos que responderían siempre a una deliberación científica -de suerte tal que la acción se encontraría reabsorbida en el pensamiento, a condición de que este pensamiento sea científico, matematizado, o simplemente racional-. Y respondería entonces al ideal, diría yo, de la acción calculada que aparece en definitiva como la conclusión de un razonamiento, la conclusión misma de una demostración. Este ideal supone desde luego que el pensamiento funcionaría en una suspensión temporal, y que, a femía, una vez que hicimos el cálculo necesario, el acto resultaría la conclusión de una demostración.

Es ahí que la clínica tiene algo para decir. Al respecto la clínica del pasaje al acto nos recuerda la inscripción temporal inevitable del acto, especialmente bajo el modo de la urgencia. Y en definitiva, en relación a este ideal de la acción calculada, del que hacemos un patrón de medida en relación al cual mediría la adaptación del acto, incluso su inmotivación, como se expresa la psiquiatría, todas esas elaboraciones que ponen la acción en continuidad con el pensamiento, tienen una condición previa: es que la función de lo que está en juego en el acto sea considerada como establecida, que la naturaleza de lo que está en juego se haga sin equívoco, y que eso que se juega pueda entrar en el cálculo como uno de sus elementos.

Y sabemos lo que significa, por último, para el mundo donde vivimos, que estos cálculos que aquí también se hacen, debo decirlo, en el hospital psiquiátrico, y que por otra parte penetran más y más en un mundo que, en ciertas épocas, si pensamos en el lugar donde estamos, tenía un costadito pueblerino, ¿no les parece?

Los cálculos de rentabilidad tal como los vemos desde hace cinco, seis años, hacen sentir que esa filosofía no va sin su puesta en obra en la realidad, es decir un cálculo de lo que hay que hacer, fundado sobre la maximización del bien y sobre la rentabilidad. Lo que hace que tengamos muy simplemente un modelo de la acción que es la gestión empresarial, y creo que la psiquiatría está progresivamente organizada, tomada de la mano por una voluntad de este tipo, una voluntad empresarial si puedo decirlo así, donde podemos efectivamente evaluar las opciones.

¿Entonces, esta condición previa, que es que sepamos lo que está en juego en la acción, aquello que debe ser la apuesta de esta acción, qué consecuencias tiene?

Fundamentalmente, lo que todo esto supone, esta atención que recibimos en este marco gerencial, es que el sujeto del pensamiento, el que va a actuar y distribuir sus recursos, por ejemplo, quiere fundamentalmente el bien, él quiere profundamente su propio bien, que está en los tiempos que corren identificado con lo útil. Es en relación a eso que podemos medir la adecuación de los actos, y especialmente, que ocurra que el sujeto, ¡sí!, se perjudique a sí mismo.

Entonces, ¿es la excepción o es la regla del acto?

Y bien, según Lacan, la clínica del acto pone en cuestión este postulado de que el sujeto, el sujeto del pensamiento, quiere su propio bien, y después de la exposición de D. Cremeriter no los sorprenderé si opongo inmediatamente, al ideal de la conducta

Jacques-Alain Miller

racional que inspira especialmente nuestro mundo actual, si opongo a este ideal el acto suicida.

Si hay verdaderamente algo que se oponga a este ideal, es precisamente la autodestrucción... pero se entiende que por supuesto, la conducta racional, cuanto más anda, más desemboca exactamente en el mismo resultado y sobre una escala mucho más grande, ya que estamos en condiciones, hemos acumulado en este momento, en esta vía racional, los medios de autodestrucción que sobrepasan al individuo y se extienden hasta la humanidad...

Pero bueno, opongámosle el acto suicida. De este acto suicida, Lacan hace el modelo del acto. El piensa el acto, no ya a partir de la asignación óptima de los recursos, piensa el acto a partir del suicidio, y hace de eso el paradigma del acto propiamente dicho. Digo el suicidio, y no agrego psicótico, perverso, neurótico, heroico..., no hay razón para detenerse, hay también suicidios heroicos, ¿no es cierto?, eso aquí no importa...

En el punto en que estoy, esto alcanza para indicar que hay algo en el sujeto susceptible de no trabajar para su bien. Susceptible de no trabajar para lo útil, sino que trabaja por el contrario para la destrucción.

Pues bien, todo acto verdadero, en el sentido de Lacan es, digámoslo, un "suicidio del sujeto"; podemos ponerlo entre comillas para indicar que él puede renacer de ese acto, pero renace de modo diferente. Es eso lo que constituye un acto en sentido propio, es que el sujeto no es el mismo antes que después. Es lo que justifica el término de mutación, y aquí yo lo fuerza hasta el fondo, hasta ese término de suicidio. Quizá eso se acomode mejor a vuestras orejas

Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto

si yo digo que todo acto legítimo, todo acto que no es sólo agitación, movimiento, descarga motriz, todo acto verdadero, todo acto que marca, que cuenta, es transgresión.

Si se quiere, todo acto verdadero es delincuente, observamos eso en la historia, que no hay acto verdadero que no comporte un atravesamiento, un atravesamiento... ¿de qué?, de un código, de una ley, de un conjunto simbólico, con el cual, poco o mucho, se constituye como infractor, lo que le permite a este acto tener oportunidad de reorganizar esa codificación.

La idea de que todo acto verdadero es en realidad un suicidio del sujeto es una concepción que puede parecer por cierto exagerada, pero hay que ver que ella concuerda con Freud. Al menos en tanto que esta concepción se homologa con la noción de pulsión de muerte. Y el concepto del acto en Lacan, es un concepto, hay que decirlo, homologado ante todo a la pulsión de muerte. El acto suicida, es cierto, ilustra la disyunción total que puede operarse en el organismo, en los intereses del viviente o en su sobrevivida, en su bienestar, en su homeostasis por un lado, y en otra cosa que lo habita, que lo carcome y que ocasionalmente lo destruye.

Con esto les quiero decir que el bienestar, el suicidio, está en el punto paradójal de eso; el suicidio ya sea patológico o heroico. El bienestar, el placer, el beneficio del viviente, en todo caso su subsistencia en la existencia, no dependen forzosamente de un valor, de un valor absoluto, y es por eso que el acto suicida llega en cortocircuito a esta zona central y a la vez excluida del mundo subjetivo, a la que Lacan ha dado el nombre de goce.

El goce es un concepto necesario, al menos para ordenar lo que Freud nos aporta, que al síntoma, aquél que nosotros como terapeutas queremos curar, al síntoma, el sujeto se aferra, lo ama como a sí mismo -es lo que Freud decía del delirio para el delirante-

El se aferra a su síntoma que sin embargo le hace mal. Es, dicho de la manera más simple, lo que justifica que debemos introducir un concepto distinto, de un goce que no puede ser confundido con el placer porque el síntoma hace mal, y que debe ser un goce aliado no al placer, sino al dolor, a una satisfacción del dolor que, ocasionalmente, cuando se autonomiza, ese goce, llega hasta la muerte.

A este respecto, el heroísmo -el heroísmo que es una sublimación, es lo que decía Lacan- no excluye, por el contrario, la voluntad de goce, sino que da testimonio de eso, es decir que podemos para eso sacrificar incluso la vida. Es el triunfo de la pulsión de muerte, si se quiere, la afirmación desesperada del goce.

Ya en esto debemos distinguir el acto de la acción, del movimiento.

Lacan llama acto a aquello que apunta al corazón del ser: el goce. Es el suicidio, puede serlo el crimen, por qué no llamarlo así; hoy mismo alguien destacaba también, hablando de los asesinos inmotivados, el ataque dirigido al goce supuesto nocivo del Otro, que está en el principio mismo de las raíces inconscientes del racismo.

En este sentido entonces el término de "pasaje al acto" se revela completamente adecuado. Señala que se abandonan los equívocos del pensamiento, de la palabra y del lenguaje por el acto; que en el acto, si lo pensamos a partir del pasaje al acto, digamos que el sujeto se sustrae a los equívocos de la palabra, así como a toda dialéctica del reconocimiento; crea una situación sin salida respecto del Otro, y es por esto que propiamente hablando la apuesta misma del acto no es cifrable, que por el contrario es exterior al universo de las suposiciones, de las computaciones, de las equivalencias y de los intercambios; apunta a lo definitivo, y digamos que en el corazón de cualquier acto, hablando propiamente, para nosotros es el pasaje al acto el que está ahí como paradigma.

En el corazón de cualquier acto hay un ¡no!. Un *no* proferido al Otro.

Por supuesto esto exigiría que se distinga severamente el pasaje al acto del acting out, que siempre ocurre en una escena.

Podemos hablar propiamente de acting out en la relación analítica por ejemplo, pero también en toda relación de dominio, de comunicación terapéutica. Podemos hablar de acting out cuando hay una escena; esta escena es la palabra y el sujeto se pone a actuar sobre esta escena bajo la mirada del Otro. Necesita del Otro, necesita del espectador.

Por el contrario, en el pasaje al acto no hay más espectador. Hay desaparición de esta escena y digamos que el sujeto está eventualmente muerto.

Será él, muerto, quien mirará a los otros y les planteará su pregunta, y les hará sentir el por qué de su mirada.

Resumiendo, es por esta razón que el acto, es siempre auto. Un acto de autocastigo, es por ahí que Lacan comenzó su carrera de psiquiatra, por el autocastigo. El acto es siempre auto, es decir que él es precisamente, lo que lo separa del Otro.

Digamos que es así como Lacan concibe el acto analítico. Cuando dice que el analista sólo se autoriza de sí mismo, eso tiene la misma estructura que el suicidio.

Por eso Lacan pudo formular que el único acto que podría ser exitoso es el suicidio, al precio de no querer saber nada más de nada, es decir separarse efectivamente de lo que llamaba los equívocos de la palabra como de la dialéctica del reconocimiento; y en esto se opone, hay que decirlo, al psicoanálisis que es un pasaje al acto fallido. El estatuto del acto en la experiencia analítica, el estatuto eminente del acto es el acto fallido, y no el acto exitoso.

¿Qué es el acto fallido sino el hecho de que el pensamiento inconsciente emerge en el pensamiento, en la palabra, en el cuerpo y desplaza, desplaza el acto, le hace decir otra cosa? Es en esto que por el contrario el suicidio es el acto límite. Es por esto que parece que para orientarse en la cuestión del acto, primero hay que plantear la antinomia del pensamiento y del acto, y digamos aún, del inconsciente y del acto.

La esencia del pensamiento, cuando es tomada a partir del inconsciente, es la duda. Es lo que dice Freud: desde el momento en que hay represión, no se piensa sino en el elemento del "yo no

se". Y a nivel del pensamiento, el sujeto está profundamente en la indeterminación. Lo vemos en sus sueños: en sus sueños no sabe dónde está.

Si la esencia de su pensamiento es la duda -está la obsesión para encarnarlo- por el contrario la esencia del acto es la certeza. Por ejemplo, en la experiencia analítica, para obtener una determinación, es necesaria la interpretación del analista como acto. Y así sea poco prolija, esta interpretación complementa, es la única que hace posible la experiencia.

En este sentido, esta antinomia del pensamiento y del acto no debe impedirnos captar las conexiones del acto y del lenguaje. Si bien he presentado el acto como mudo, como en ese paradigma horrible, el suicidio, el acto, sin embargo, no toma sus coordenadas sino del lenguaje. Un acto que es un acto no es por lo tanto agitación, reflejo, descarga motriz; un acto es siempre un pasaje, un atravesamiento.

Es en esto simplemente que se distingue el hecho de poner un pie delante de otro, de lo que es el acto de pasar un umbral. Formalmente no hay diferencia entre avanzar simplemente con la ayuda de las piernas, y después pasar un umbral de un edificio, el umbral del Rubicón por ejemplo.

Por otra parte, yo vi una vez el Rubicón; les aseguro que busqué verlo, porque había oído hablar de él desde hace tanto tiempo... está anunciado, cuando llegamos; por pequeños cafés italianos, se llaman *Alea/jacta est*, etc..., está anunciado justamente por todo un mundo de significantes, y después ustedes esperan ver el Rubicón, tipo Niágara, y después lo tienen verdaderamente, tienen que

inclinarse, ¡y no ven más que un hilito de agua absolutamente miserable!

No se trata de algo físico, no es porque el Rubicón sea difícil de atravesar, como los Alpes para Aníbal, que el acto de César marcó la novedad en el mundo, es pura y simplemente porque era el límite autorizado para el paso de los ejércitos exteriores a Italia -el límite a partir del cual estaban en infracción- y en este sentido, como decía, sólo hay acto, si hay atravesamiento de un umbral significativo.

Y es por esto que el acto que presenté como mudo, sin embargo sólo toma su valor y sus coordenadas de un universo de lenguaje. Era necesario que hubiera primeramente esta ley romana para que César hiciera el acto, para que lo que hacía fuese un acto, y no simplemente saltar al otro lado de un arroyuelo miserable; parece que en invierno tiene un poco más de fuerza, pero no es gran cosa.

Y es esto en el fondo lo que justifica la definición de Lacan, que el acto está siempre en el lugar de un decir. Esto quiere decir que no alcanza con un hacer para que haya acto, no alcanza con que haya movimiento, acción, es necesario que haya un decir que encuadre y que fije ese acto. Evidentemente podemos fascinarnos también con los momentos en que decires hacer, como dice el otro, -saben ustedes el interés que han tomado algunas filosofías analíticas, lingüísticas, por los performativos-, que es suficiente decir "yo prometo" para que esté ahí la promesa. En este caso, tenemos una completa confusión del decir y el hacer, es el sueño de una absorción completa del acto en el significativo.

Pero lo que vamos a retener aquí es que hace falta, para que haya acto, que el sujeto mismo sea cambiado por ese salto significativo. Digamos que hace falta una escansión significativa, una sanción significativa, y al mismo tiempo el acto es como tal indiferente a su futuro -por ello el suicidio es su paradigma-, como tal está fuera de sentido, indiferente a lo que vendrá después. En el fondo un acto es sin después, un acto es en sí. Lo que viene después ya es otro el que lo realiza; César no es el mismo César más aquí y más allá del Rubicón.

En este sentido hay una desaparición del después, puesto que inmediatamente renace otro. Digamos que cuando desgraciadamente hay un acto, lo cual es raro, el acto siempre es recuperado por la significación après-coup.

Cuando verdaderamente hay un acto para tener en cuenta, se hace con ello una epopeya. Y, si quieren, la epopeya es también la ridiculización del acto; es lo que los ingleses vieron en lo que llaman las obras heroico-cómicas, las que siempre hacían efectivamente valer en la epopeya su apuesta de ridiculización.

Por otra parte, encuentran esto en una obra que acaba de salir, *La historia del psicoanálisis* de la Sra. Roudinesco. Su historia del psicoanálisis es la epopeya de J. Lacan. Y hay que decir que esta epopeya de J. Lacan, es también una ridiculización. ¿Qué otra cosa podría ser, puesto que toma su historia del psicoanálisis sólo a partir de la historia, es necesario decirlo, miserable de sus instituciones? Toma al psicoanálisis a partir de su propia fascinación por el poder.

Y desde este punto de vista, la historia del psicoanálisis es verdaderamente bobalicona, ¿no es cierto? Si vemos al psicoanálisis desde el punto de vista del significado amo, tiene verdaderamente un irresistible efecto de ridiculez. Hasta tal punto que para decir que a partir de 1967 muchos hicieron el acto de entrar en análisis, es decir acostarse en divanes, la Sra. Roudinesco habla de 'el levantamiento en masa de la juventud psicoanalítica francesa'!. ¡Hay que decir que como expresión para calificar el acto se trata asimismo de una ridiculez!. En el fondo esta epopeya que rodea lo que fue el acto de Lacan... nos damos cuenta que el éxito que coronó este acto de Lacan, este éxito al mismo tiempo completamente camuflado, en fin, el propio deseo que en ello soportaba Lacan y que no era en absoluto un deseo de poder -si no se tiene más que eso, hay otras cosas para hacer que psicoanálisis- en el fondo el lado fallido de este asunto es muy evidente: y es el secreto del éxito de Lacan, del éxito de su acto. Falló en llevar por su camino a los psicoanalistas internacionales.

Pero sin embargo, aún diciendo esto nos damos cuenta de que en el fondo Lacan nunca tomó la iniciativa, que su acto de afirmación, su acto de autonomía del psicoanálisis en relación a los internacionales, este acto, no lo hizo sino reducido a su propia deyección, si podemos decirlo así. De hecho, es en posición de desecho, en tanto que precisamente era desechado por el Otro que se encontró en esta posición de "pasar al acto", que él pudo elaborar algunos de los puntos más preciosos de su enseñanza y de esta forma revelar quizá lo que de alguna manera es el verdadero Lacan.

Preguntas

François Leguil: Me parece que J.-A. Miller ha demostrado en su exposición que sería vano pretender impedir un acto. Esto no obsta que para muchos psiquiatras, y no solamente frente al psicótico, tengamos la preocupación de evitar ciertos pasajes al acto, de los cuales sólo estamos seguros de algo, que el sujeto, si se recupera, nunca más dirá nada. ¿Por qué Esquiroi, del que F. Sauvagnat nos habló, nos es tan querido? Nos es tan querido porque a través de una etiología un poco torcida, que es la etiología gastroentérica y la frenología -que lo hace por otra parte mucho más el hermano de Broussais que el hijo de Pinel- a través de esto, a través de una etiología que no se sostiene, es el primero y el último en haber querido fundar para los psiquiatras una clínica del síntoma. Esto fue retomado a nivel de la neurosis a fines del siglo pasado con el problema a resolver de la cuestión del acto en las fobias e impulsiones, pero quisiera terminar mi intervención con el último pasaje al acto, que dio lugar a las páginas más suntuosas de la clínica psiquiátrica: fue cometido a algunos kilómetros de Bonneval, y proporcionó a H. Ey su caso Jean-Pierre.

Ahora bien, H. Ey tiene una teoría que es contraria, desde todo punto de vista, a la que J.-A. Miller ha desarrollado, puesto que dice: "el pasaje al acto resulta de una disolución neurológica de la estructura temporalética". Pero en cierta forma, él quería proponer signos clínicos que permitieran, para decir las cosas simplemente, prevenirlo, verlo venir. ¿Pero entonces cómo, puesto que el acto no

puede ser apresado en una clínica del sintoma, cómo puesto que no hay saber predictivo de este acto, cómo efectivamente fundar una clínica que no sea posterior a este acto sino que nos dé algunas informaciones antes?

J.-A. Miller: No estoy seguro que la cuestión de impedir se plantee en la práctica. Para impedir tenemos que saber con qué tenemos que vérmola. Por ejemplo, para este fin, puede ser útil distinguir radicalmente, es lo que hacemos habitualmente, el suicidio exitoso del suicidio fallido, considerar que hay suicidios y suicidios.

Está, efectivamente, el suicidio del acting-out, el suicidio que es llamado al Otro, y que, digamos, salvo equivocación, es fallido. Y el suicidio que es separación del Otro. Hay allí una orientación que hay que tener en cuenta para evaluar el anuncio del suicidio, y si llega el caso adivinarlo, anticiparlo precisamente en el punto en que desaparece un cierto tipo de anuncio. Es lo que hacemos muy habitualmente en la práctica, que se trata de ordenar quizás, pero también se trata de reconocer el suicidio que puede prevenirse cuando se anuncia como solución de la duda, ahí donde sin embargo no está en absoluto en primer plano.

Llegado el caso, por qué no, es una lección de humildad como terapeutas reconocer lo que no podemos impedir.

He visto a Lacan en Sainte-Anne, y quizás ustedes también, en algunas presentaciones de enfermos, considerar que había algunas personas que no era posible sostener, que terminarían por encontrar su destino, su destino de desaparición. Evidentemente, esto llenaba a los presentes de sentimientos penosos, pero en fin, creo que Cremniter también lo dijo, prácticamente, el hijo no deseado puede

sentir una vocación de desaparición, frente a la cual los psiquiatras o el analista son de hecho impotentes para obtener cualquier clase de efecto. Respondo rápidamente, lo que hubiera debido abordarse evidentemente la problemática del impedimento.

*Traducción: Silvia Baudini y Silvia Szuman, a partir del texto establecido por F. Sauvagnat, publicado en *Actualités Psiquiatriques*, I, (1988).